

LA CAJA MÁGICA

≡ ceca





CUÉNTALO

*E*rase una vez un niño llamado Max, que no se conformaba con nada; siempre quería saber más, tener más, ayudar más...

Una tarde jugando en el parque, vio que algo brillaba en el suelo. Se acercó a ver qué era, y encontró una reluciente moneda de un euro.

-¡Qué bien, un euro para mí solo! ¿En qué me lo puedo gastar?
-pensó ilusionado.

Se le ocurrieron las ideas más diversas para gastar la moneda, pero no sabía cuál era la mejor. Así que decidió preguntar a alguien que supiera más. Alzó la vista y encontró, frente a él, a un anciano leyendo el periódico.





Perdone, señor -le interrumpió Max-
¿puedo hacerle una pregunta?

-Espero que tengas un buen motivo
para interrumpir mi lectura.

-Acabo de encontrarme un euro, y
no sé qué es lo mejor que puedo
hacer con él.

-Entiendo muy poco de dinero, pero
no creo que con un euro puedas
hacer mucho. Si tuvieras más, podrías
ayudar a construir un centro donde
las personas mayores nos
sintiéramos más útiles.
Demostraríamos que todavía tenemos
mucho que aportar.

-Es una idea bonita, pero solo tengo
una moneda -respondió Max,
desanimado.

El sol de invierno comenzó a retirarse pronto, como huyendo del frío. En poco tiempo todo oscurecería y Max tenía que volver a casa con los últimos rayos de luz. Así que se despidió del anciano y se encaminó hacia su casa.

-¡Aaaachúsl - Escuchó de pronto.

-¡Salud!- Respondió el niño, sin saber aún de donde provenía el estornudo.

-Gracias, pero ¡Cuidado! ¡Que me vas a pisar!

Miró hacia abajo y vio una diminuta flor cerca de su pie. Tenía los pétalos algo decaídos, y a causa del estornudo había dispersado minúsculas partículas de polen a su alrededor. Se inclinó hacia ella con mucha curiosidad, y le preguntó:

-¿Las flores también os resfriáis?

-No. Tenemos alergia a los humanos -respondió la planta, antes de estornudar de nuevo - Bueno, en realidad -precisó- tenemos alergia a lo que generáis los humanos: humos negros, vertidos contaminantes... Pero, no sé para qué te cuento esto, si luego no hacéis nada por la naturaleza.

-Si pudiera hacer algo con un euro...

-Con eso no te llega ni para comprarme una maceta. Si tuvieras más, sería diferente. Podrías colaborar en la protección de la naturaleza. La tierra daría más frutos, más gente podría vivir del cultivo, se generaría más riqueza y tú ganarías más euros.

-Prometo que, si algún día puedo, haré algo por el medio ambiente.

Y mientras se alejaba oyó que la flor le reprochaba a gritos:

-¡Eso lo he oído ya muchas veces!
¡Todos los humanos sois iguales!



Mientras recorría los senderos del parque, las sombras de los árboles se iban alargando; y cada vez se hacía más difícil ver, dónde poner el pie para no pisar las flores.

Tan fijamente miraba el suelo, que no se dio cuenta de que dos mendigos pedían limosna, hasta que oyó sus voces:

-¡Eh, chico! ¿Tienes algo para comer?

Estaban recostados sobre unos periódicos que habían colocado en un banco para hacerlo más cómodo.

-Sólo tengo un euro.

-Puedes ingresarlo en este banco -bromeó uno de ellos, señalando temblorosamente el banco de madera en el que descansaban.

-Nosotros hemos ingresado ya todos estos papeles -continúo el otro, con ironía, refiriéndose a los periódicos viejos- Hombre, con un euro puedes comprarnos algo de comer. Ahora, si tuvieras más euros, podrías ayudar a crear más programas de desintoxicación y reinserción para personas en nuestra situación. Conseguiríamos un trabajo digno, no dependeríamos tanto de la asistencia social y tú ganarías más euros.

-Cuando tenga más euros lo pensaré. De momento, os compraré algo de comida con mi euro. Esperadme aquí.



D

ejó atrás el parque y callejeando llegó hasta una enorme plaza. En ella, una multitud de arcos ofrecían entrada y salida a los paseantes. Un acordeonista ponía música al atardecer, que algunas personas contemplaban inmóviles desde los bancos de piedra.

Hipnotizado por la música, se sentó junto a la estatua del centro de la plaza, y mientras pensaba se preguntó en voz alta:

-¿Dónde estará la tienda más cercana?

-Saliendo por el arco que te señalo, encontrarás un mercado -dijo de repente la voz pétrea de la estatua.

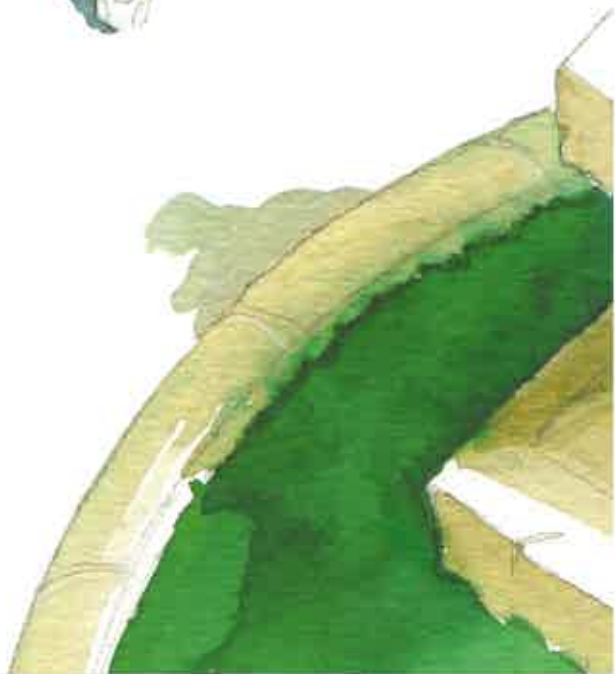
-¡Vaya! Gracias- exclamó el niño sorprendido- ¿y sabes qué puedo comprar con un euro?

-¿Con un euro? Quizá no muchas cosas, pero si tuvieras más euros... podrías incluso ayudarme.

-¿Qué te ocurre?

-Mírame bien, tengo grietas por todo el cuerpo, e incluso he perdido ya dos dedos y una oreja. Necesito que me restauren, pero por lo visto no hay dinero para hacerlo.

-Perdona si te ofendo, pero si yo tuviera más dinero quizá tampoco pensaría en curarte, sólo eres un adorno.





-¿Un adorno, dices? ¡Claro que me ofendes! - estalló el gigante de piedra- Yo soy historia, soy arte. Si dedicaras dinero a mi restauración, vendría mucha gente a verme, incluso desde el extranjero. Eso generaría más ingresos para el país, y tú obtendrías más euros.

-Perdona. Pues sí que eres importante. Bueno -se disculpó, al tiempo que se levantaba ruborizado- debo irme.

S

iguando la indicación del monumento, llegó al mercado. Decenas de tiendas de todo tipo se sucedían, formando un colorido collage de letreros, objetos y aromas. Pero lo que más le sorprendió, fue la diversidad de idiomas que se escuchaban allí.

Se acercó a un puesto donde vendían unos curiosos bocadillos redondos. Y se dirigió al tendero, vocalizando todo lo que pudo:

-¿Hablas mi idioma?

El vendedor, no pudo evitar reírse con la ocurrencia del niño:

- Por supuesto, que hablo tu idioma. Hace ya muchos años que viajé hasta aquí huyendo de la pobreza de mi país. Y he aprendido mucho.

-Sin embargo, no pareces feliz -Comentó Max, mientras observaba el rostro fatigado del tendero.

-Mi vida aquí es mejor, pero sigue siendo muy dura. Con lo que gano en esta tienda apenas me llega para vivir. Podría ampliarla y hacerla crecer, e incluso contratar a mi primo que no tiene trabajo, pero para eso necesito unos cuantos euros.

-Empiezo a entender de qué hablas... Pero, de momento, sólo puedo comprarte uno de esos bocadillos.

Dicho esto fue a sacar la moneda del bolsillo y ¡había desaparecido!

-He perdido el euro que tenía -dijo angustiado.

-No te preocupes- le contestó el vendedor, convencido de que el niño decía la verdad- Yo te invito.





Tras darle las gracias regresó sobre sus pasos, rastreando cada adoquín en busca de su dinero. Iba a ser muy complicado hallarlo, porque ya había anochecido. Lo que sí pudo ver claramente es cómo a una mujer se le caía un extraño artilugio de su maleta.

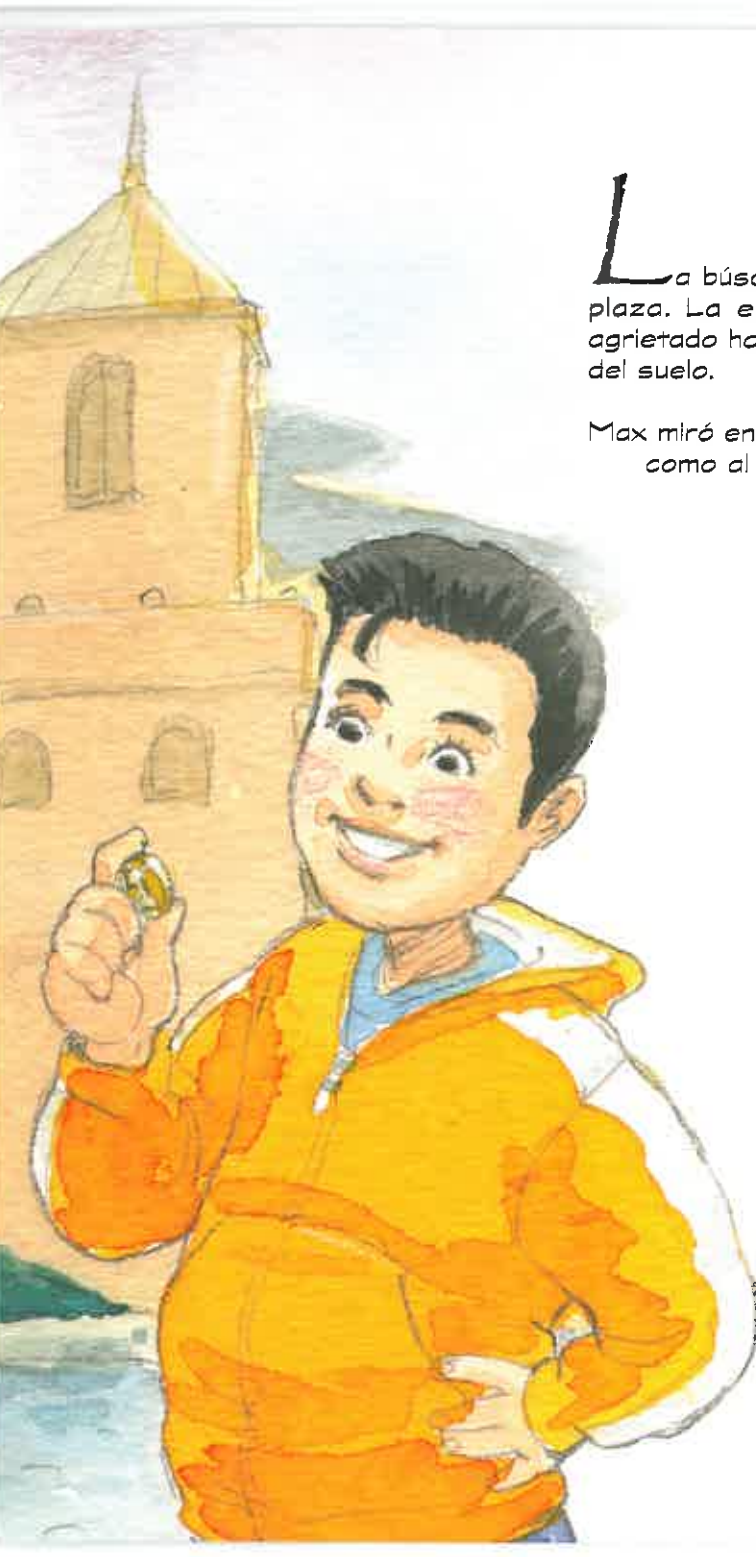
-¡Eh! ¡Señorita! -gritó- ¡Se te ha caído algo!

La mujer se detuvo para recogerlo y se dirigió a él con mucha simpatía:

-Eres un chico muy observador ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Max, y más que observador soy muy curioso ¿Te vas de vacaciones?

-Ya veo que eres curioso. No, no me voy de vacaciones, soy investigadora científica y me voy a otro país para intentar realizar descubrimientos científicos. Es una pena que no se tenga en cuenta, que cuanto más dinero se invierte en la ciencia y en la investigación, más puede avanzar un país. ¡Uy! -exclamó mirando el reloj- Me tengo que ir corriendo si no quiero perder el avión. Gracias, Max ¡hasta la vista!



La búsqueda del euro lo condujo de nuevo a la plaza. La escultura que antes dirigía su brazo agrietado hacia un arco, ahora señalaba algún punto del suelo.

Max miró en aquella dirección y allí vio, tan reluciente como al principio, su euro.

-¡Qué suerte! -escuchó que decía alguien.

Se giró hacia el lugar de donde provenía la voz, y se encontró a uno de sus profesores del colegio.

-Has encontrado un euro, nuevecito -continuó diciendo el maestro.

-Sí. Pero apenas tiene valor.

-¿Cómo que no? Con muchos como ese podrías mejorar la escuela. Los chicos sabrían más, habría más empleo cualificado y mejores sueldos, y tus euros se multiplicarían.

-Sé que se pueden hacer cosas muy buenas con más dinero
¿Pero cómo lo consigo a partir de una sola moneda?- quiso saber Max.

-Mira en los libros -respondió el profesor ya alejándose- Allí están todas las respuestas.

Haciendo caso del profesor, caminó hasta la biblioteca. Numerosos estudiantes subían y bajaban las escaleras de la entrada, cargando con pesadas carpetas y libros. Sólo una chica aguardaba junto al primer escalón, a que alguien la ayudara a subir la escalera con su silla de ruedas.

El niño se ofreció:

-¿Puedo ayudarte?

-Te lo agradezco mucho, pero eres tan pequeño que no podrás con mi peso. Sin embargo, ya es de gran ayuda tu interés por que podamos tratarnos como iguales. Superar barreras juntos es lo que más nos puede unir.

-Sólo tengo un euro, y no creo que con esto pueda hacer mucho, aunque sí puedo avisar a algún adulto para que te ayude.

-Si hicieras eso por mí, te lo agradecería mucho.

No hizo falta que Max buscara a nadie. En ese preciso instante dos mujeres que iban a la biblioteca se acercaron a la niña minusválida y la llevaron hasta lo alto de las escaleras.



La sala de lectura era un espacio tan inmenso, que el niño no alcanzaba a ver sus límites. En las enormes paredes infinidad de libros trepaban por las estanterías.

Cientos de mesas se disponían en riguroso orden por toda la sala. En ellas los lectores sólo movían sus labios silenciosos, y a cada rato, sus brazos se disparaban como un resorte para pasar de página.

Max cogió un manual de economía y cuando llevaba un rato hojeándolo, notó que un libro se agitaba en la estantería. Dejó el manual, y se interesó por el libro que se movía. En la tapa, llevaba escrito con letras doradas Léeme. Lo abrió y comenzó a leer en la primera página: *Hola, ¿cómo te llamas?* El niño extrañado pasó a la página siguiente, donde leyó: *Sí, hablo contigo. Dime tu nombre.*

Max en un susurro le dijo su nombre. Varias personas chistaron, pidiendo silencio. Él continuó leyendo: *Me alegro de conocerte Max. Pregúntame cualquier cosa. Yo lo sé todo.*





-Es que creo que ya no me haces falta. Se me ha ocurrido una buena solución para algo que me preocupaba.

Toda la sala volvió a chistar. El chico se metió bajo una mesa desocupada, y continuó leyendo:

-¿Y puedo preguntarte de qué se trata?

Max le contó al libro todo lo que había aprendido aquella tarde sobre el dinero y las necesidades de las personas. Y le explicó su teoría:

-Si cogemos una caja y cada persona mete un euro en ella, podremos invertir en distintas cosas que crearán otras nuevas y, con las ganancias, ahorraremos una parte y la otra la dedicaremos a ayudar a mejorar la vida de todos. ¡Todos saldremos ganando!

-Eres un niño muy listo, Max, y tienes mucha suerte, pero esa caja ya existe.

FIN

